

Actualidad de los *Opúsculos morales*

Present of Operette morali

LAURA MELOSI 

laura.melosi@unimc.it / Università di Macerata

RESUMEN: Doscientos años después de su composición, los *Opúsculos morales* siguen imponiéndose por la fuerza moral de la interpretación de Giacomo Leopardi, el último de los antiguos, pero también, a la luz de su actualidad, el primero de los modernos. El artículo reflexiona sobre los nudos filosóficos esenciales del libro, destacando el estrecho vínculo que existe, en el pensamiento leopardiano, entre la desesperación de la vida y el amor a ella. Los aspectos abordados se refieren al debate vida-felicidad en el tríptico *Malambruno e Farfarello, Natura e Anima, Fisico e Metafisico*; la consideración de la civilización moderna a través del razonamiento que desde los *Sillografi* llega a *Tristano*; los modos de habitar en la observación sociológica de los procesos culturales ofrecida por *Parini*. Se produce la abierta oscilación leopardiana entre la lúcida decepción y el obstinado vitalismo, en el marco de una progresión, ampliamente estudiada por la crítica especializada, que va desde la reflexión sensista-existencial sobre la infelicidad, hasta la concepción cósmico-materialista de la sólida-nada.

Palabras clave: Giacomo Leopardi; *Operette morali*; *Opúsculos morales*; Actualidad; Fuerza vital

Abstract: Two hundred years after its composition, the *Moral Tales* continue to stand out for their moral force in the interpretation of Giacomo Leopardi, the last of the ancients, but also, in the light of its relevance, the first of the moderns. The article reflects on the essential philosophical nodes of the book, highlighting the close link that exists, in Leopardi's thought, between despair of life and love of it. The aspects addressed concern the life-happiness debate in the triptych *Malambruno e Farfarello, Natura e Anima, Fisico e Metafisico*; the consideration of modern civilization through the reasoning that from the *Sillografi* arrives at *Tristano*; the places of dwelling in the sociological observation of cultural processes offered by *Parini*. Leopardi's open oscillation between lucid delusion and stubborn vitalism is verified, in the context of a progression, widely studied by specialist critics, that goes from the sensist-existential reflection on unhappiness to the cosmic-materialist conception of solid-nothingness.

Keywords: Giacomo Leopardi; *Operette morali*; *Operette morali*; Modernity; Life-force

Recibido: 13 agosto 2024 / Aceptado: 28 octubre 2024 / Publicado: 30 diciembre 2024



1. Hace doscientos años, con un arduo trabajo que ocupó los meses entre enero y noviembre, Leopardi componía las *Operette morali* [*Opúsculos morales*], un texto fundacional de la tradición literaria italiana¹. El gran aprecio que el autor le tenía a este libro –primera y cumplida expresión del poeta en prosa– se puede leer en síntesis en la carta del 12 de marzo de 1826 a Anton Fortunato Stella, el editor milanés que lo publicará al año siguiente: “el fruto de mi vida hasta hoy y lo quiero más que a mis ojos” (*Epistolario*, I, p. 1104).

La aparición de los *Opúsculos morales* suscitó hostilidades y algún elogio convencional, por lo demás en medio de una indiferencia general, hasta su solemne rechazo de 1830 en el concurso quinquenal de la Accademia della Crusca que premió *Storia d'Italia* de Carlo Botta con una votación casi unánime (Bellucci, 1996, pp. 86-89, 116-120, 125-133)². Y no se puede decir que la exegética textual le haya reservado una mayor atención, ya que las primeras ediciones anotadas solo llegarán en los años 90 del siglo XIX, también por el efecto de las graves reservas formuladas por De Sanctis sobre algunos diálogos³.

La distonía de Leopardi con su propio siglo, el ser como Eleandro un “cerebro fuera de moda”, es un dato incontrovertible (*Dialogo di Timandro e di Eleandro*, p. 494)⁴. Hay escritores que han sabido interpretar los valores y los principios de su época hasta llegar a convertirse en orgánicos, pero hay que mirar fuera de Recanati para encontrar a alguno, precisamente en el umbral de ese movimiento de rescate nacional que la historiografía reciente ha reinterpretado poniendo el foco del análisis en el “canon del *Risorgimento*”⁵. Por el contrario, Leopardi no ha dejado su impronta en su época, sino que más bien ha polemizado con su conciencia y sus manifestaciones exteriores, mirando siempre al mundo clásico como modelo ético y civil. Por ello, desde siempre, la cuestión crítica consiste en si considerarlo el último de los antiguos o el primero de los modernos⁶.

Los *Opúsculos* se colocan dentro de esta dicotomía, y si el propósito de Leopardi de proporcionar a Italia el paradigma en clave cómico-satírica de la nueva prosa filosófica parece fracasar en el momento (sobre todo debido a su marcado clasicismo), a largo plazo, en un tiempo nuevo, la potencia moral de estos diálogos acabó imponiéndose con firmeza. Dejando de un lado erudición e historicismo, la imagen de Leopardi como ‘primero de los modernos’ se confirma firmemente y a mí me parece que los *Opúsculos morales*, como discurso sin dobleces sobre el hombre y sobre su estar en el mundo, lo testimonian debidamente.

Tras los excesivos ropajes estilísticos míticos, alegóricos, surreales de estas prosas, la profundidad que alcanza la reflexión leopardiana sobre la ilusión y la infelicidad, sobre la virtud y el progreso, sobre el tedio y la vitalidad, trasciende el tiempo histórico para hacerse

¹ El presente artículo es el resultado de la reelaboración, por parte de su autora, y de la traducción al español –realizada por Cristina Coriasso, incluidos los textos de Leopardi, Calvino, Manganelli y otros autores–, de la conferencia inaugural del Congreso internacional e interdisciplinar “Giacomo Leopardi: los *Opúsculos morales*, hoy”, celebrado en la Universidad Complutense de Madrid, con el patrocinio del Centro Nazionale di Studi Leopardiani de Recanati, los días 6 y 7 de junio de 2024.

² Publica las reseñas aparecidas en *Biblioteca Italiana* (a. XIII, 1828, t. XLIX, pp. 86-87, anónima), en *Nuovo Ricoglitore* (a. IV, n. 38, febrero de 1828, pp. 144-145, quizá de Luigi Stella), en *Antologia* (vol. XXIX, 1828, n. 86, pp. 158-161, con firma M. *alias* Giuseppe Montani, la única de verdad positiva) y los juicios de los académicos de la Crusca.

³ Sobre la exegética de las *Operette morali* permítaseme remitirme a las páginas dedicadas a la tradición de los comentarios en Melosi (2020, pp. 73-88).

⁴ Cito las *Operette morali* de mi edición comentada, Leopardi, 2022¹² (1ª ed. 2008).

⁵ La referencia alude a los estudios de Alberto Mario Banti, en particular a Banti (2000).

⁶ Se trata de un debate de tales dimensiones que no puede resumirse aquí en unas pocas referencias bibliográficas. Solo señalo, como punto de inflexión decisivo, el año 1947 que vio la publicación simultánea para Sansoni de la *Nuova poetica leopardiana* de Walter Binni y del *Leopardi progressivo* de Cesare Luporini (en el volumen *Filosofi vecchi e nuovi*).

razonamiento de carácter universal capaz de remover la conciencia de todo lector, invitándolo a considerar estos aspectos como esenciales en la existencia humana y en la dimensión cósmica en que esta se despliega.

2. Este libro se podría explicar como un prolongado coloquio entre el Leopardi del atroz desencanto –el islandés que ha llegado a la convicción ataráxica de, no pudiendo gozar, al menos no padecer– y el “joven de índole y de fervor increíbles para los buenos estudios y con maravillosas expectativas” al que Parini dirige sus enseñanzas en el breve tratado sobre la gloria literaria a él dedicado: aquel joven que “vivía siempre en lo más íntimo de su pecho”, como ha escrito Mario Fubini (Leopardi, 1970, p. 155)⁷. De aquí la oscilación de estados que se mantiene activa en los *Opúsculos*, aun en el desarrollo de una línea que procede de la concepción sensista-existencial de la infelicidad, como sentido de pérdida del presente vivido, hacia el arribo a la concepción cósmico-materialista de la ‘sólida-nada’ (Blasucci, 1985).

Leer de cerca esta obra para comprender su funcionamiento ideológico, y al mismo tiempo retórico y estilístico, revela la fuerza de atracción que sigue ejerciendo, en gran parte vinculada a la naturaleza íntima de su autor, que está indeleblemente impresa en ella. Un carácter solidario con el género humano y capaz de provocar un extraordinario *appeal* por su valiente vitalidad y por su presencia de ánimo, cualidades que se traducen en tenacidad al representar la vida dramáticamente, tal como es, siendo, sin embargo, el valor máximo del que el hombre dispone, incluso en las condiciones de desilusión extrema, como las planteadas por Porfirio a Plotino para convencerlo de aceptar la solución del suicidio. La disposición de Leopardi a acoger y sostener el estado doliente de la humanidad se expresa con un valor lúcido en la exhortación de Plotino a la vida:

Viviamo, Porfirio mio, e confortiamoci insieme: non ricusiamo di portare quella parte che il destino ci ha stabilita, dei mali della nostra specie. Si bene attendiamo a tenerci compagnia l'un l'altro; e andiamoci incoraggiando, e dando mano e soccorso scambievolmente; per compiere nel miglior modo questa fatica della vita. La quale senza alcun fallo sarà breve.

Vivamos, Porfirio mío, y reconfortémonos: no rehusemos llevar esa parte de los males de nuestra especie que el destino ha establecido para nosotros. Más bien ocupémonos de hacernos compañía el uno al otro y vayamos animándonos y socorriéndonos mutuamente para cumplir de la mejor manera posible este trabajo de la vida. La cual, sin duda, será breve (*Dialogo di Plotino e di Porfirio*, pp. 569-570).

A pesar de que la conciencia del mísero estado del género humano está arraigada en Leopardi, todas las expresiones de protesta contra lo que aplasta al hombre no son sino una reivindicación del deseo de vida. Citando a Luporini: “Esta adhesión a la vida incluso en la negación razonada de la misma [...] es la sustancia más íntima y constante de su poesía, es el elemento mismo de resistencia en el que se produce su ‘pesimismo’” (Luporini, 2006, p. 68).

El rechazo de soluciones consolatorias y su elección de una moral heroica se manifiestan en una suerte de vitalismo rebelde a la aceptación pasiva del mal y a la resignación individualista, aunque esa defensa sea sin esperanza. Cada vez que se detectan pensamientos, juicios, observaciones que en los *Opúsculos* ponen en evidencia la estrecha conexión que existe entre la desesperación de la vida y el amor a la vida, se capta el mensaje auténtico de este libro. Como cuando Eleandro confiesa desarmado ante quien lo acusa de misantropía:

Sono nato ad amare, ho amato, e forse con tanto affetto quanto può mai cadere in anima viva. Oggi, benché non sono ancora, come vedete, in età naturalmente fredda, né forse anco tepida;

⁷ La observación está en nota, en *Il Parini, ovvero della gloria*.

non mi vergogno a dire che non amo nessuno, fuorché me stesso, per necessità di natura, e il meno che mi è possibile. Contuttociò sono solito e pronto a eleggere di patire piuttosto io, che esser cagione di patimento agli altri.

He nacido para amar, he amado, y quizá con todo el afecto con que puede amar un alma viva. Hoy, aunque no estoy aún, como veis, en la edad naturalmente fría, ni siquiera en la templada, no me avergüenzo de decir que no amo a nadie más que a mí mismo, por necesidad natural, y lo menos posible. A pesar de lo cual suelo estar dispuesto a elegir padecer antes yo mismo que ser causa de padecimiento para los demás (*Dialogo di Timandro e di Eleandro*, p. 501).

No debe olvidarse el hecho de que el *Dialogo di Timandro e di Eleandro* –una intensa confrontación entre quien aprecia a los hombres y quien tiene compasión de ellos– se había ganado la posición privilegiada del vigésimo y conclusivo texto en la edición milanese de 1827, porque Leopardi lo consideraba “una especie de prefacio y una apología de la obra contra los filósofos modernos”; por tanto, en su comprensión, éste tenía la función de ilustrar el sentido general de los *Opúsculos morales*, incluso de “servir como norma a la Censura para hacerse una idea compleja del sistema seguido en el libro” (*Epistolario*, I, pp. 1180-1181)⁸.

Tal “sistema” es, precisamente, reconducible a la lúcida conciencia de la infelicidad, que inspira prácticamente todos los textos, incluidos los compuestos después de 1824, cuando retoma la obra en el 27 y el 32; una disposición de ánimo que se repite en formas distintas en los diálogos de registro cómico y en los de registro dramático, en los pequeños tratados alrededor de un tema y en las prosas de invención, de las que daré algún ejemplo entre los tantos posibles de este libro a la vez único y polifónico.

3. Empiezo por los dos diálogos contiguos en los que se desarrolla el debate vida-felicidad, –*Malambruno e Farfarello, Natura e Anima*– con un desenlace dislocado en el *Dialogo di un Fisico e di un Metafisico*. La meta es demostrar que el estado de deseo perenne propio del hombre equivale a un estado de pena continua, tanto mayor cuanto más aguda la sensibilidad individual. Si no existe placer más grande en la vida que el de no sentir la vida misma, este camino está sin embargo vetado a las almas elegidas, que tienen mayor capacidad de *intensione* (neologismo leopardiano que está por ‘fuerza en el sentir’), es decir, que perciben la vida con mayor intensidad. Por consiguiente, los seres más vitales están destinados a ser más infelices y tal consideración bien puede definirse universal y en conexión con la observación psico-antropológica de la condición humana en toda época.

La cuestión tiene vínculos, además de con la intensidad de vida, también con su duración, y este es el objeto de la disputa entre el científico descubridor del arte de prolongarla y el filósofo escéptico. Leopardi –aquí en el papel del Metafisico– pretende aclarar que el amor por la vida en sí y de por sí no es necesario en el hombre o, en otras palabras, no es natural en él, y que la cuestión está más bien en vivir felizmente, porque este es el único medio de querer seguir existiendo. Los individuos de todo género y especie son tanto más felices cuanto más corto es el curso de su duración que depende de la rapidez de su respectiva “vegetación”, es decir, del tiempo empleado metafóricamente en florecer y marchitarse. Es de nuevo el concepto de vida como eficacia y cantidad de sensaciones ya invocado por el Alma, pero aquí complicado por el razonamiento sobre el tiempo como compresión de los actos y de las sensaciones fuertes en un “ciclo más corto” de vida. En este sentido, el ejemplo perfecto lo ofrecen los insectos efímeros, que viven del alba al crepúsculo sin dejar, en su “ciclo corto”, huecos accesibles al

⁸ Carta a Stella del 16 de junio de 1826. Escrito entre el 14 y el 24 de junio, en el autógrafo napolitano de las *Operette morali* (ms. A, Biblioteca Nazionale Vittorio Emanuele III di Napoli, Carte Leopardi, P. IX) el diálogo se encuentra en décimo cuarta posición, entre el *Dialogo di Torquato Tasso e del suo Genio familiare* e *Il Parini*.

ocio o al tedio. Ellos interpretan a la perfección la máxima final del *Dialogo di un Fisico e di un Metafisico*: “en definitiva, la vida debe ser viva, es decir, verdadera vida; o la muerte la supera incomparablemente en valor” (p. 247). Se trata de una expresión, variación de otros pensamientos del mismo tenor, que se encuentran en el *Zibaldone* en páginas precedentes a la composición de los diálogos. Algún ejemplo:

dalla mia teoria del piacere [...] risulta che [...] stante l'amor proprio, non conviene alla felicità possibile dell'uomo se non che uno stato o di piena vita o di piena morte.

de mi teoría del placer [...] resulta que [...] dado el amor propio, no le conviene a la felicidad posible del hombre sino un estado o de plena vida o de plena muerte (*Zibaldone* 1585, 29 agosto 1821).

La vita è fatta naturalmente per la vita, e non per la morte. Vale a dire è fatta per l'attività, e per tutto quello che v'ha di più vitale nelle funzioni de' viventi.

La vida está hecha naturalmente para la vida y no para la muerte. Es decir, está hecha para la actividad, para todo aquello que hay de más vital en las funciones de los seres vivos (*Zibaldone* 2415, 5 de mayo de 1822).

En las “almas predilectas” por la Naturaleza, en los infelices que no consiguen liberarse de la opresión existencial, un parcial rescate puede provenir de la gloria, “juzgada por la mejor parte de los hombres como el mayor bien concedido a los mortales” (*Dialogo della Natura e di un'Anima*, p. 187), y aquí es el Leopardi “último de los antiguos” el que habla, el poeta que todavía confía en aquellos valores de la Grecia clásica y de la Roma republicana que en la *Storia del genere umano* han tomado aspecto de fantasmas, enviados por Zeus a la tierra para distraer a la humanidad de su infelicidad. Justicia, Virtud, Gloria, Amor patrio, son larvas, presencias sin cuerpo cuya evanescencia, con el pasar de los siglos, se ha hecho cada vez más pronunciada hasta vaciar el mundo de sentido y convertirlo en una inerte “esferita” que Hércules y Atlante se pasan sin grandes miramientos (*Dialogo di Ercole di Atlante*, pp. 118-123).

4. La metáfora del juego de la pelota con el mundo nos remite al sistema cómico de los “diálogos satíricos a la manera de Luciano”, sobre los que Leopardi hacía proyectos ya desde 1819 (*Disegni letterari*, p. 94). Pero será el “primero de los modernos” quien, en los *Opúsculos morales*, conduzca la polémica más afilada en contra de la decadencia de su tiempo, y lo hará con armas de plena actualidad. Mientras asiste a la afirmación del espiritualismo optimista y progresivo –la filosofía que le es menos congenial– Leopardi asesta el golpe decisivo contra las ideologías del presente, de la que son emblemas el término *masa* y las ciencias que rigen su suerte. Estadística, economía y política son los blancos de Tristán en su disputa con un Amigo, que podría ser también el mismo marqués Gino Capponi al que está dirigida la *Palinodia* de 1835. De hecho, el ambiente florentino del círculo de Palazzo Buondelmonti y del Gabinetto Scientifico e Letterario de Vieusseux ofrecieron a Leopardi la ocasión para el desahogo en una larga carta a Giordani del verano de 1828:

non mi entra poi nel cervello che la sommità del sapere umano stia nel saper la politica e la statistica. Anzi, considerando filosoficamente l'inutilità quasi perfetta degli studi fatti dall'età di Solone in poi per ottenere la perfezione degli stati civili e la felicità dei popoli, mi viene un poco da ridere di questo furore di calcoli e di arzigogoli politici e legislativi; e umilmente domando se la felicità de' popoli si può dare senza la felicità degl'individui.

no me entra en la cabeza, además, que la cumbre del saber humano esté en la política y en la estadística. Es más, considerando filosóficamente la inutilidad casi perfecta de los estudios realizados desde la edad de Solón para lograr la perfección de los estados civilizados y la felicidad de los pueblos, me da cierta risa este furor de cálculos y sofisterías políticas y legislativas; y humildemente pregunto si la felicidad de los pueblos se pueda dar sin la felicidad de los individuos (*Epistolario*, II, p. 1319, 24 de julio de 1828).

Y aún más explícita será la intolerancia hacia los argumentos a favor del progreso, expresada algún año después a Fanny Targioni Tozzetti:

Sapete ch'io abbotino la politica perché credo, anzi vedo che gli individui sono infelici sotto ogni forma di governo; colpa della natura che ha fatti gli uomini all'infelicità; e rido della felicità delle masse, perché il mio piccolo cervello non concepisce una massa felice, composta d'individui non felici.

Sabéis que yo detesto la política porque creo, es más, veo que los individuos son infelices bajo toda forma de gobierno; culpa de la naturaleza que ha hecho a los hombres para la infelicidad; y me río de la felicidad de las *masas* porque mi pequeño cerebro no concibe una *masa* feliz, compuesta de individuos no felices (*Epistolario*, II, p. 1686, 5 de diciembre de 1831).

Leopardi no sabe y no quiere resignarse a la lógica de la necesidad que doblega el ánimo y que sustituye lo bello con lo útil, las ilusiones con lo real, las fábulas antiguas con los prosaicos mitos de la modernidad. Casi al comienzo de los *Opúsculos*, la *Proposta di premi fatta dall'Accademia dei Sillografi* había dado muestra de su pensamiento al respecto, haciendo una sátira sobre las maravillas producidas por el saber técnico del “afortunado siglo en que estamos” (p. 140), la edad de las máquinas a vapor y de las gacetas que proclaman sus extraordinarias oportunidades. Además, con la falsa profesión de fe de Tristán en su palinodia, se cerraba el libro a partir de la edición Piatti de 1834: “Creo y abrazo la profunda filosofía de los diarios, los cuales, al matar a toda otra literatura y estudio, sobre todo si grave y desagradable, son maestros y luz de la edad actual” (*Dialogo di Tristano e di un Amico*, p. 596).

Entre estas dos extremidades textuales, *Sillografi* y *Tristano*, se desarrolla la amplia reflexión leopardiana sobre la civilización moderna, de alguna manera en sintonía con la postmodernidad. La demostración de la contradicción implícita en la civilización, que construye su perfección sobre la más radical imperfección, se confía a distintos opúsculos. Leopardi comienza concentrando la atención sobre la distorsión perceptiva producida por la concepción geocéntrica y antropocéntrica del cosmos, cómicamente reformulada en ‘duendecentrismo’ y ‘gnomocentrismo’ en el *Dialogo di un folletto e di uno gnomo*. Aquí la ironía se posa en la nulidad del hombre y en la soberbia con que este concibe el mundo creado a su uso y disfrute⁹. Más adelante, en el *Dialogo della Terra e della Luna*, el discurso se amplía al tema de la pluralidad de los mundos, con la revelación del estado de infelicidad que es común a todo el universo: el “mal en el orden” del cual el poeta va tomando conciencia. Con la *Scommessa di Prometeo* se llega, finalmente, a la denuncia de males reales tan graves que nos hacen abrir definitivamente los ojos sobre la condición de imperfección, una trágica conformidad ontológica del género humano que pone en el mismo plano al antropófago precolombino de Popayán, a la viuda india de Agra, al burgués suicida de Londres. Leopardi no quiere aún atribuir la responsabilidad a la naturaleza y por el momento la imputa al proceso histórico de civilización, pero el paso está implícito y tiende directamente al *Dialogo della Natura e di un Islandese*.

⁹ La naturaleza como un *para nosotros* en vez de un *para sí*, como bien ha visto el entomólogo Giorgio Celli en su lectura de este opúsculo (reproducida en Leopardi, 2022, pp. 673-678).

Desde la revolución industrial, la civilización moderna expresa sus valores mediante una laboriosidad que hace del artificio material, de la capacidad de construir técnicamente –hoy tecnológicamente–, la característica de su existir y de su desarrollo progresivo. La consecuencia de todo ello es la propagación de los artefactos, incluidos los culturales, como los libros, la mayor parte de los cuales están destinados a naufragar en el mar del olvido según la previsión del opúsculo *Parini*, puntualmente confirmada por la tendencia del mercado editorial de cada temporada. En este específico aspecto, Giulio Ferroni ha captado “una muy aguda y precoz percepción del exceso de civilización, de la incontenible expansión de los objetos mentales y materiales que tienden a saturar al medio ambiente y a borrar la posibilidad misma de percibir la experiencia”, que es una de las más frecuentes distorsiones de la relación del yo con el mundo en las sociedades basadas en la economía de producción. En el plano material, se asiste además a “la multiplicación de actividades que tienden a ‘perfeccionar’ la civilización, a crear facilidades y comodidades, pero al precio de un terrible sufrimiento e infelicidad para muchos seres humanos” (Ferroni, 2010, p. 142)¹⁰. Diferencias cada vez más arraigadas e insalvables.

5. Sumergidos como estamos en la discusión sobre la era geológica del Antropoceno, intentar hacer una lectura ecológica de los *Opúsculos morales* también podría aportar alguna nueva adquisición hermenéutica, pero esto requeriría más espacio del que aquí me es concedido¹¹. Son demasiadas las facetas teóricas del concepto leopardiano de Naturaleza y sus implicaciones ‘de sistema’ en el pensamiento del autor y, por otra parte, es evidente la apertura de perspectiva que existe entre aquel concepto y la actual reflexión, centrada en el impacto que el *Homo sapiens* tiene sobre la armonía del planeta en que vive, en la visión de la naturaleza como equilibrio violado del que urge volver a ser habitantes respetuosos.

Un discurso que Leopardi desarrolla –en el que de alguna manera se aproximan lo natural y lo artificial– es acaso aquel sobre los lugares que habitar, como resultado de una reflexión de orden antropológico y sociológico, afrontada en tono de conversación en varias cartas del *Epistolario* y en páginas del *Zibaldone*. En los *Opúsculos morales* el tema aparece en *Parini*, donde Leopardi medita sobre las diferencias que existen para un hombre de letras entre vivir en ciudades grandes y en ciudades pequeñas. Un pensamiento anotado en el *Zibaldone* durante su estancia en Roma autoriza a pensar que el poeta, a pesar su antipatía congénita por Recanati, consideraba inauténtica la vida que se lleva en las metrópolis, realidades estructurales y comunitarias carentes al mismo tiempo de lo bello y de lo verdadero. En consecuencia, también la clase ciudadana de los doctos sería menos capaz de juzgar los buenos libros que la de los literatos de provincia, “porque en las [ciudades] grandes, así como las demás cosas son en su mayoría falsas y vanas, así la literatura es a menudo falsa, vana, o superficial” (Leopardi, 2008, p. 317).

No debe perderse de vista el hecho de que, narrativamente, el opúsculo *Parini* consiste en una serie de instrucciones para alcanzar la gloria literaria, dictada por una autoridad moral reconocida a un prometedor joven de condición existencial más que cercana a la de Leopardi, quien sabe por experiencia qué es la falta de sociedad y de sociabilidad en el lugar donde se vive. En el capítulo cuarto del tratado, las argumentaciones a favor de las ciudades pequeñas

¹⁰ Ferroni cita también la elocuente página 1172 de *Zibaldone*: “Observad, pues, en la misma perfección moderna de las artes, los inmensos trabajos y miserias que son necesarios para procurar dinero a la sociedad. Comenzad por el trabajo en las minas y la extracción de metales, y descendad hasta el trabajo final de acuñación. Observad cuántos hombres se ven obligados a la infelicidad regular y estable, a la enfermedad, a la muerte, a la esclavitud (ya sea gratuita y violenta, ya mercenaria), a los desastres, a la miseria, al sufrimiento, a las privaciones de todo tipo, con el fin de procurar a otros hombres este medio de civilización, y supuesto medio de felicidad”.

¹¹ Lo ha intentado Scaffai (2017, pp. 121-124).

tienen que ver con la sociología de los procesos culturales, que nota una recepción más atenta de la obra de arte allí donde estas son escasas. Los artistas, en soledad y en silencio, con noches insomnes, laboriosidad y empeño, procuran el placer en personas que, acercándose a sus obras en el ruido de las grandes ciudades, solo aprecian en mínima parte el fruto de sus esfuerzos:

Io penso che le opere riguardevoli di pittura, scultura ed architettura, sarebbero godute assai meglio se fossero distribuite per le province, nelle città mediocri e piccole; che accumulate, come sono, nelle metropoli: dove gli uomini, parte pieni d'infiniti pensieri, parte occupati in mille spassi, e coll'animo connaturato, o costretto, anche mal suo grado, allo svagamento, alla frivolezza e alla vanità, rarissime volte sono capaci dei piaceri intimi dello spirito. Oltre che la moltitudine di tante bellezze adunate insieme, distrae l'animo in guisa, che non attendendo a niuna di loro se non poco, non può ricevere un sentimento vivo; o genera tal sazietà, che elle si contemplano colla stessa freddezza interna, che si fa qualunque oggetto volgare. Il simile dico della musica: la quale nelle altre città non si trova esercitata così perfettamente, e con tale apparato, come nelle grandi; dove gli animi sono meno disposti alle commozioni mirabili di quell'arte, e meno, per dir così, musicali, che in ogni altro luogo. Ma nondimeno alle arti è necessario il domicilio delle città grandi sì a conseguire, e sì maggiormente a porre in opera la loro perfezione: e non per questo, da altra parte, è men vero che il diletto che elle porgono quivi agli uomini, è minore assai, che egli non sarebbe altrove. E si può dire che gli artefici nella solitudine e nel silenzio, procurano con assidue vigilie, industrie e sollecitudini, il diletto di persone, che solite a rivolgersi tra la folla e il romore, non gusteranno se non piccolissima parte del frutto di tante fatiche. La qual sorte degli artefici cade anco per qualche porzionato modo negli scrittori.

Yo creo que las obras de valor en pintura, escultura y arquitectura se disfrutarían mucho mejor si se distribuyeran por las provincias, en las ciudades mediocres y pequeñas, y no acumuladas, como están, en las metrópolis, donde los hombres –en parte llenos de infinitos pensamientos, en parte ocupados en mil diversiones y con el ánimo habituado o sometido, incluso a pesar suyo, al esparcimiento, a la frivolidad y a la vanidad– muy raras veces saben gozar de placeres íntimos del espíritu. Además, tal multitud de bellezas aglutinadas distrae el alma, la cual, al no poder atender a ninguna de ellas sino en mínima parte, no puede recibir un sentimiento vivo; o genera tal saciedad que termina contemplando esas bellezas con la misma frialdad interna con que se contempla cualquier objeto vulgar. Lo mismo digo de la música, que en las ciudades pequeñas no se presenta tan perfectamente, o con el mismo despliegue que en las grandes; en las cuales, sin embargo, los ánimos están menos dispuestos a las conmociones admirables de aquel arte, y son, por decir así, menos musicales que en cualquier otro lugar. Pero no es menos cierto que a las artes les es necesario residir en las grandes ciudades para conseguir y poner en acto su perfección; y, por otra parte, también lo es que el deleite que estas ofrecen allí a los hombres es mucho menor del que le darían en otro lugar. Y se puede decir que los artífices, en la soledad y en el silencio, con sus desvelos, esfuerzos y afanes, procuran el deleite de personas que, sin embargo, acostumbradas a moverse entre la muchedumbre y el ruido, no disfrutarán sino de una pequeñísima parte del fruto de tantos esfuerzos. Un destino, este de los artistas, que de alguna manera recae también en los escritores (*Il Parini, ovvero della gloria*, pp. 317-318).

Dicha perspectiva resulta sin embargo invertida en el capítulo noveno, basándose en consideraciones que se refieren a las condiciones culturales efectivas de los centros pequeños, raramente habitados por personas cultas, donde se conducen estudios mediocres y, por envidia, nadie está dispuesto a reconocer el valor de la doctrina y de la sabiduría de otro:

Ma come le città piccole mancano per lo più di mezzi e di sussidi onde altri venga all'eccellenza nelle lettere e nelle dottrine; e come tutto il raro e il pregevole concorre e si aduna nelle città grandi; perciò le piccole, di rado abitate dai dotti, e prive ordinariamente di buoni studi, sogliono tenere tanto basso conto, non solo della dottrina e della sapienza, ma della stessa fama che alcuno si ha procacciata con questi mezzi, che l'une e l'altre in quei luoghi non sono

pur materia d'invidia. E se per caso qualche persona riguardevole o anche straordinaria d'ingegno e di studi, si trova abitare in luogo piccolo; l'esservi al tutto unica, non tanto non le accresce pregio, ma le nuoce in modo, che spesse volte, quando anche famosa al di fuori, ella è, nella consuetudine di quegli uomini, la più negletta e oscura persona del luogo. Come là dove l'oro e l'argento fossero ignoti e senza pregio, chiunque essendo privo di ogni altro avere, abbondasse di questi metalli, non sarebbe più ricco degli altri, anzi poverissimo, e per tale avuto; così là dove l'ingegno e la dottrina non si conoscono, e non conosciute non si apprezzano, quivi se pur vi ha qualcuno che ne abbondi, questi non ha facoltà di soprastare agli altri, e quando non abbia altri beni, è tenuto a vile. E tanto egli è lungi da potere essere onorato in simili luoghi, che bene spesso egli vi è riputato maggiore che non è in fatti, né perciò tenuto in alcuna stima. Al tempo che, giovanetto, io mi riduceva talvolta nel mio piccolo Bosisio; conoscitosi per la terra ch'io soleva attendere agli studi, e mi esercitava alcun poco nello scrivere; i terrazzani mi riputavano poeta, filosofo, fisico, matematico, medico, legista, teologo, e perito di tutte le lingue del mondo; e m'interrogavano, senza fare una menoma differenza, sopra qualunque punto di qual si sia disciplina o favella intervenisse per alcun accidente nel ragionare. E non per questa loro opinione mi stimavano da molto; anzi mi credevano minore assai di tutti gli uomini dotti degli altri luoghi. Ma se io li lasciava venire in dubbio che la mia dottrina fosse pure un poco meno smisurata che essi non pensavano, io scadeva ancora moltissimo nel loro concetto, e all'ultimo si persuadevano che essa mia dottrina non si stendesse niente più che la loro.

Pero como las ciudades pequeñas carecen en su mayoría de medios y de subsidios para alcanzar la excelencia en la literatura y en las doctrinas, y como todo lo raro y apreciable concurre y se aglomera en las grandes ciudades, he aquí que las pequeñas, raramente habitadas por los doctos y por lo general carentes de buenos estudios, suelen tener en muy baja estima no solo la doctrina y la sabiduría, sino la propia fama que alguno ha logrado con estos medios. De hecho, la una y el otro no son, en estos lugares, materia de envidia. Y si por casualidad alguna persona admirable o incluso extraordinaria, en inteligencia y estudios, vive en un lugar pequeño, el hecho de ser única no solo no acrecienta su valor, sino que le perjudica, hasta el punto de que a menudo, aunque sea famosa en el exterior, en su comunidad se la considera la persona más despreciable y oscura del lugar. Así como en un lugar donde el oro y la plata fuesen desconocidos y sin valor, alguien que fuese rico no sería más rico que los demás —es más, sería muy pobre y tenido por tal—, de la misma forma, allí donde el ingenio y la doctrina no se conocen y —en tanto que desconocidos— no se aprecian, allí, aunque haya uno que abunde de ellos, este no tiene la capacidad de quedar por encima de los demás, y, si no tiene otros bienes, es considerado un vil. En tales lugares, está tan lejos de poder ser celebrado que, a menudo, es reputado incluso como mayor de lo que es en realidad y por ello despreciado. En el tiempo en el que, siendo joven, yo me pudría en mi pequeño Bosisio habiéndose sabido por allí que me dedicaba a los estudios y que ejercía un poco la escritura, los paisanos me reputaban poeta, filósofo, físico, matemático, médico, experto en leyes, teólogo y maestro en todas las lenguas del mundo; y me preguntaban sin hacer la más mínima diferencia sobre cualquier punto de cualquier disciplina o lengua que surgiese por alguna causa en la conversación. Y no por eso me estimaban más, al contrario, me creían mucho menor que todos los hombres doctos de otros lugares. Pero si yo les hacía sospechar que mi doctrina era aún menos amplia de lo que ellos pensaban, entonces rebajaban todavía más su concepto de mí y, al final, se persuadían de que mi doctrina no se extendía más allá de la de ellos (*Il Parini, ovvero della gloria*, pp. 336-338).

Aunque quien pronuncia esta queja es un Parini que rememora su pequeña Bosisio, la superposición con Recanati es patente y reclama de manera inmediata la celeberrima protesta de Leopardi en una de las primeras cartas escritas a Giordani en 1817: “¿Cree usted que un gran ingenio sería apreciado aquí? Como la gema en la pocilga. Usted ha dicho perfectamente (y sabe bien donde) que los estudios cuanto más raros son, menos se aprecian porque menos se conoce su valor” (*Epistolario*, I, p. 60, 30 de abril de 1817).

En el principio de la “esfera de relaciones” que Leopardi elabora en las cartas escritas a sus hermanos desde su estancia en Roma, Italo Calvino ha identificado un núcleo decisivo de la poesía de Leopardi, a saber, la estrechez del Vacío in Urbe, una vacuidad vivida como sujeto que suscita el miedo a los espacios abiertos y ante la cual es preferible el limitado tablero de ajedrez de la plaza de Recanati, en el que se mueven piezas de tamaño humano. Este criterio implica

la relación entre un espacio tranquilizadamente confinado y el exterior ilimitado e inhumano. Por un lado, la casa, la ventana, los familiares ruidos vespertinos de Recanati, las calles doradas y los huertos; por otro, la Naturaleza inmensa e indiferente, tal como se le aparece al islandés; por un lado el seto, por otro el infinito. Contraste en el que la repulsión y la fascinación pueden intercambiarse: el pueblo natal, modelo de medida humana, es también insoportable; y naufragar en el mar del vacío sin límites puede ser dulce (Calvino, 2023, p. 634).

Dejando aparte retractaciones y subversiones ideológicas, toda la cuestión ciudades grandes / ciudades pequeñas debe ser leída dentro del marco de la elaboración de la categoría de “sociedad cerrada” (*società stretta*) que tiene a Leopardi ocupado justo antes de escribir los *Opúsculos morales*. Sobre la diversidad conceptual implícita en esta noción con respecto a la de “sociedad abierta” (*società larga*) ha intervenido con válidas razones Nicola Feo, trayendo a colación lo que se lee en las páginas de *Zibaldone* de octubre de 1823 acerca de la tendencia de los hombres a asociarse en “organizaciones sociales estables y estructuradas, que contravienen los límites prescritos por la naturaleza, en cuyos planes entraría como máximo una sociedad ‘escasísima y abiertísima’”. El significado que la categoría de “sociedad cerrada” asume en el *Discorso sopra lo stato presente dei costumi degl’Italiani*, de 1824, es de carácter marcadamente político: esta crea “vínculos sociales duraderos dentro de una suerte de ‘zona franca’ que en algunos países europeos de modernidad avanzada se establece entre las clases medio-altas”, sobre la base de una frecuentación asidua entre los individuos que favorece la codificación de reglas de comportamiento dirigidas al respeto y al aprecio (Feo, 2010, pp. 298-299). Leopardi comprueba la casi total ausencia de todo ello en Italia, una condición que tiene como consecuencia la propagación de una mediocridad difusa y niveladora de las mejores energías: una intuición que es parte de la reflexión sobre el carácter de los pueblos que, a partir del siglo XIX, el siglo de las naciones, se desarrolla con cada vez menor vigor hasta disiparse en la modernidad globalizada.

Quienes se dedican a Leopardi de forma crítica, ya sea en su aspecto poético o filosófico, saben que la profundidad de comprensión de los mecanismos de la vida individual y social, de la que este autor ha dado prueba, desde hace dos siglos sigue siendo objeto de un asiduo ejercicio hermenéutico que ha producido resultados iluminadores, en ocasiones incluso proféticos. Pero en conclusión a esta rapsódica penetración en los *Opúsculos morales* –que imagino en sintonía con su naturaleza de “sueños poéticos, de invenciones y de caprichos melancólicos” (*Dialogo di Tristano e di un amico*, p. 602)–, quisiera traer de nuevo el discurso a la simple y pura lectura de este libro, y lo haré con las palabras que Giorgio Manganelli les dedicó en sus “laboriosas nimiedades”, en las que encuentro también mi personal experiencia de lectora: “Cuando se vuelve a leer un libro que se nos ha vuelto amorosamente familiar, un libro que pertenece a nuestra descripción de nosotros mismos, non damos cuenta de que sigue siendo el que conocemos desde siempre y a la vez algo distinto” (Manganelli, 1986, pp. 200-203).

Traducción de Cristina Coriasso Martín-Posadillo

Referencias bibliográficas:

- Banti, A.M. (2000). *La nazione del Risorgimento. Parentela, santità e onore alle origini dell'Italia unita*. Turín: Einaudi.
- Bellucci, N. (1996). *Giacomo Leopardi e i contemporanei. Testimonianze dall'Italia e dall'Europa in vita e in morte del poeta*. Florencia: Ponte alle Grazie.
- Binni, W. (1947). *Nuova poetica leopardiana*. Florencia: Sansoni.
- Blasucci, L. (1985). La posizione ideologica delle «Operette morali». En *Leopardi e i segnali dell'infinito* (pp. 165-226). Bologna: il Mulino.
- Calvino, I. (2023). La città pensata: la misura degli spazi. En *Collezione di sabbia, en Guardare. Disegno, cinema, fotografia, arte, paesaggio, visione e collezioni* (M. Belpoliti, ed.) (pp. 632-635). Milán: Mondadori (1ª ed. Milán 1984).
- Feo, N. (2010). La società stretta. Antropologia e politica in Leopardi. En C. Gaiardoni (ed.), *La prospettiva antropologica nel pensiero e nella poesia di Giacomo Leopardi. Atti del XII Convegno internazionale di studi leopardiani (Recanati 23-26 settembre 2008)* (pp. 297-311). Florencia: Olschki.
- Ferroni, G. (2010). *Rimediare alla civiltà: antropologia ed ecologia*. En C. Gaiardoni (ed.), *La prospettiva antropologica nel pensiero e nella poesia di Giacomo Leopardi. Atti del XII Convegno internazionale di studi leopardiani (Recanati 23-26 settembre 2008)* (pp. 135-166). Florencia: Olschki.
- Leopardi, G. (1970). *Operette morali*. M. Fubini (ed.). Turín: Loescher.
- (1991). *Zibaldone di pensieri* (G. Pacella, ed.). 2 vols. Milán: Garzanti.
- (1998). *Epistolario* (S. Brioschi & P. Landi, eds.). Turín: Bollati Boringhieri.
- (2021). *Disegni letterari* (F. D'Intino, D. Pettinicchio & L. Abbate, eds.). Macerata: Quodlibet.
- (2008). *Operette morali* (L. Melosi, ed.). Milán: Rizzoli.
- Luporini, C. (2006). *Leopardi progressivo*. Roma: Editori Riuniti (1ª ed. en *Filosofi vecchi e nuovi*, Florencia 1947).
- Manganelli, G. (1986). *Laboriose inezie*. Milán: Garzanti.
- Melosi, L. (2020). *La dolcezza ed eccellenza degli stili. Sulle Operette morali di Leopardi*. Macerata: Eum.
- Scaffai, N. (2017). *Letteratura e ecologia. Forme e temi di una relazione narrativa*. Roma: Carocci.